

Growyn,
el elfo detective, en...



**El caso
del hada
falsamente
ahogada**

SERIE **joven**

Primera edición,
Marzo 2011
Copyright © Antonio J. Cuevas
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-17-9
Ilustración de cubierta: FÉLIX SOTOMAYOR
Ilustraciones interiores y mapa: JOSÉ ANTONIO RANDO
Diseño gráfico y maquetación: SILVIA RASERO

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:
IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://elcasodelhada.mundosepicos.es>



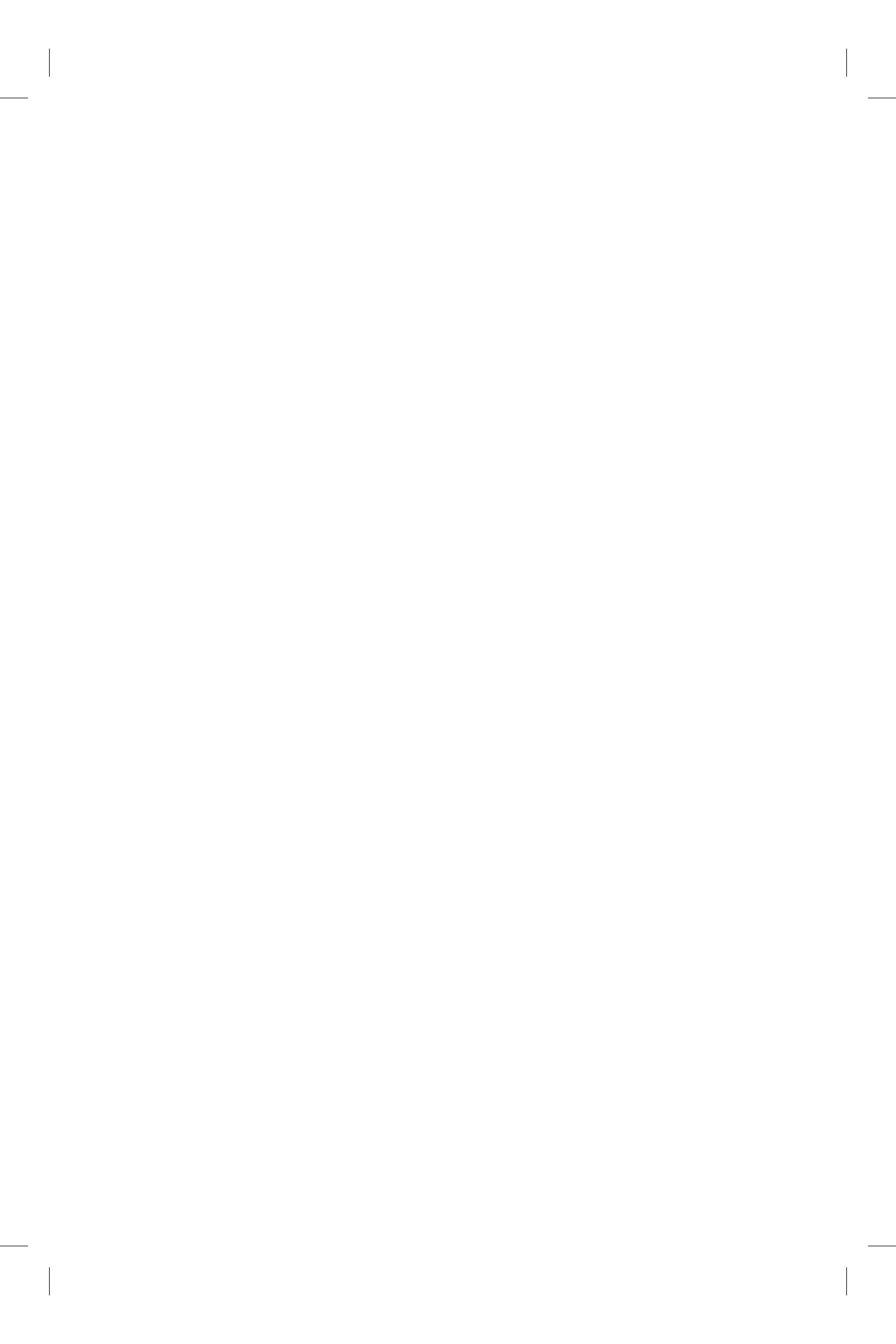
Growyn,
el elfo detective, en...




El caso del hada falsamente ahogada


ANTONIO J. CUEVAS







Para Adela, la primera lectora
y el exigente motor que cada semana
me motivaba para continuar.



ÍNDICE

- 9 - **Antes de empezar: Grownyn**
- 13 - Capítulo 1: **Ailba**
- 19 - Capítulo 2: **La Posada del Ogro**
- 25 - Capítulo 3: **El entierro del hada ahogada**
- 30 - Capítulo 4: **El Cantar de Ailba**
- 34 - Capítulo 5: **Bur**
- 42 - Capítulo 6: **Confesiones**
- 47 - Capítulo 7: **El Palacio de Mabinia**
- 53 - Capítulo 8: **Cena de amigos**
- 59 - Capítulo 9: **Intercambio**
- 64 - Capítulo 10: **La Dama Negra del Norte**
- 72 - Capítulo 11: **El mensaje**
- 77 - Capítulo 12: **Un secreto muerto**
- 82 - Capítulo 13: **El Bosque Rojo**
- 88 - Capítulo 14: **La marca en el barro**
- 91 - Capítulo 15: **Madera de roble**
- 97 - Capítulo 16: **El Consejo**
- 102 - Capítulo 17: **El Gran Baile**
- 109 - Capítulo 18: **El secreto de Grownyn**
- 116 - Capítulo 19: **Sacrilegio**
- 123 - Capítulo 20: **La búsqueda**
- 126 - Capítulo 21: **Basura**
- 131 - Capítulo 22: **Del mismo lado**
- 135 - Capítulo 23: **Plan de fuga**
- 140 - Capítulo 24: **Las Torres Blancas**
- 147 - Capítulo 25: **El Barranco de los Suspiros**
- 152 - Capítulo 26: **La Pradera Silbante**
- 159 - Capítulo 27: **De boca a boca**
- 165 - Capítulo 28: **La comitiva**
- 171 - Capítulo 29: **El interrogatorio**
- 183 - Capítulo 30: **El juicio I**
- 190 - Capítulo 31: **El juicio II**
- 197 - **Para ir terminando: Siete lunas**





Antes de empezar: Growyn



Ql cuero resonaba contra la piedra. Las pisadas de los Guardias Brunos subían por las escaleras, cada vez más cerca. Growyn se abrochó a toda prisa su capa, aseguró su arco y sus flechas a su espalda, dio un último mordisco al muslo de liebre y salió al balcón limpiándose con la manga el jugo caliente que le corría por la comisura de los labios. Con agilidad, trepó hasta el tejado justo antes de que derribaran la puerta de su habitación.

—¡Quedas detenido por...!

Allí no había nadie. Los Guardias Brunos se apresuraron al balcón. Nada, tampoco encontraron a nadie. El jefe de la patrulla se asomó por la balaustrada: demasiado alto para que hubiera saltado, incluso para un elfo. Sólo podía haber huido por el tejado. Sus pesadas botas y sus armaduras no les permitían perseguirlo por allí.

—¡Rápido, a la calle! Tarde o temprano tendrá que bajar.

Mientras las pisadas de los Guardias volvían a retumbar en las escaleras, Growyn abandonó su escondrijo tras la chimenea y se descolgó con sigilo al balcón. Una de las ninfas de placer que trabajaba en el barrio lo vio desde la ventana de enfrente. Growyn le guiñó con complicidad y entró de nuevo en su habitación. La liebre aún seguía caliente. Le esperaba un largo camino, por lo que se sentó a terminarla.

No sabía cómo se las apañaba pero siempre acababa huyendo. Apenas hacía ocho soles que había llegado a Baosad, la ciudad de los gigantes de cabeza pequeña, ofreciendo sus servicios de investigador. En los últimos diez ciclos, las cosechas de la zona habían resultado ruinosas, la mayoría se había perdido y los gigantes no conseguían hallar el motivo. Growyn apareció por allí y se ofreció a encontrar una solución a cambio de su caso salario habitual: comida, un lecho y algún que otro placer.

El caso del hada falsamente ahogada



Los gigantes de cabeza pequeña no eran en verdad tan gigantes; el más alto de ellos vendría a medir ciento cuarenta bellotas, sólo veinte o treinta bellotas más que cualquier elfo. Sin embargo, sus hombros soportaban unas ridículas cabezas del tamaño de una naranja. Growyn sospechaba que, con semejante sesera, los gigantes tal vez resultaran demasiado bobalicones para encontrar la causa de su problema por sí mismos. Y no se equivocó.

El Rector de Baosad dejó el caso en sus manos. Growyn inspeccionó los campos, terrenos de rica tierra que había proporcionado inmejorables cosechas durante cientos de ciclos. Al no encontrar nada extraño, interrogó a los campesinos sobre su manera de laborar. No llovía mucho por aquella zona, así que ellos regaban con agua de los múltiples pozos.

El elfo pidió ver aquellos pozos, los olfateó y extrajo muestras de agua de cada uno de ellos. En la rectoría de la ciudad, Growyn dispuso tantos cuencos como pozos se usaban, cada uno con su agua correspondiente. Añadió, además, varios cuencos llenos con agua de un riachuelo de las afueras, que no se usaba para la agricultura de la zona. Delante de los mandamases de Baosad, extrajo de su jubón una bolsa con gusanos de agua y fue introduciendo uno en cada cuenco. En lo que se tarda en devorar una rebanada de pan de amapola, los gusanos de los primeros cuencos habían muerto. Los de los últimos nadaban felices en las aguas del riachuelo. Tal y como sospechaba, alguien envenenaba los pozos.

Growyn encontró al culpable en poco tiempo. Quince ciclos atrás había llegado a la ciudad Dirikate, un curandero de la raza de los truenes (medio troll, medio duende). El curandero se hizo muy popular gracias a su conocimiento de las hierbas sanadoras. Muy pronto vivió entre los gigantes de cabeza pequeña como uno más. Sin embargo, Dirikate no poseía tierras, por lo que varias veces había intentado comprarlas a algún campesino. Al principio, los precios eran muy altos para él, pero tras ciclos de malas cosechas, muchos propietarios se vieron obligados a vender a precios de risa. Dirikate ya había cerrado trato con muchos de ellos, aunque nadie comprendió por qué quería comprar unas tierras que ya casi no daban fruto.

Ahora que todo se había aclarado, los Guardias Brunos apresaron a Dirikate cuando intentaba escapar de la ciudad. El Rector le perdonó la vida a cambio de que eliminara el veneno de todos los pozos.

Como agradecimiento a Growyn, los mandamases de Baosad le ofrecieron lecho, comida... y placeres de por vida. En el centro se elevaba el edificio

más alto, donde vivían las ninfas de placer. El elfo sabía que las ninfas eran los únicos seres capaces de guardar su secreto, así que se instaló allí.

Sin embargo, cualquier descuido podría dejarle en evidencia, y así ocurrió esa mañana. Cuando aún sentía el calor de las caricias en su cuerpo, uno de los sirvientes del edificio entró en la habitación a traer toallas limpias y encontró a Growyn desnudo. Al ver la marca en su costado, tiró las toallas al suelo y salió corriendo escaleras abajo.

Ahora los Guardias Brunos lo perseguían para ajusticiarlo sin importar los beneficios que había conseguido para la ciudad. Tarde o temprano alguien siempre descubriría su marca y acababa delatando su secreto. Y ese secreto siempre pesaba más que lo que él hubiera hecho por nadie.

Apuró la liebre y dio un buen sorbo al vino de raíces, el mejor del país. La ninfa que lo había visto por la ventana entró por la puerta en su habitación.

—¿Necesitas ayuda, elfo?

Las ninfas de placer no se llevaban muy bien con las leyes en general ni con la Guardia Bruna en particular.

—Ninguna que me puedas prestar ahora, pero gracias.

Antes de salir por la puerta, Growyn la besó en la boca. Varios Guardias vigilaban la salida del edificio: imposible escapar por allí. O tal vez no tanto. Growyn entró al almacén del primer piso y rebuscó entre comida, conservas, carne cruda y utensilios de cocina.

El elfo abrió la trampilla que daba directamente a los fogones y bajó las escaleras vistiendo uno de los mandiles de tabernero. Cubría su cabeza con un gorro gris de cocinero que tapaba sus orejas puntiagudas, y llevaba auestas un enorme carnero desollado, bajo el que ocultaba su carcaj repleto de flechas.

Con su cuerpo curvado por el peso del carnero, se encaminó sin titubeos hacia la salida. Los Guardias le interrumpieron el paso.

—¿Dónde vas? —preguntó uno de ellos.

—¿Dónde crees tú, listillo? Al banquete del Comandante Bruno.

—¿Qué banquete?

—¿Cuál va a ser, zoquete? El que da en honor de su hija. Y ya voy tarde.

Los Guardias no tenían noticia de ningún banquete, pero si eso era cierto, mejor que el carnero no se retrasara. No había nada que irritara más a su jefe que tener que esperar la comida. Growyn pasó entre los Guardias y se alejó oculto por el carnero muerto. Mientras el resto de la Guardia

El caso del hada falsamente ahogada



Bruna seguía mirando hacia los tejados, Growyn consiguió escapar hasta los campos a plena luz del día.

¿Qué hacer ahora? ¿Adónde huir? Estaba harto de deambular de un sitio a otro como si fuera un vulgar criminal. Necesitaba unas vacaciones, pasar una temporada en un sitio tranquilo donde poder pensar, sin persecuciones, sin misterios... sin trabajo. Sólo se le ocurría un sitio así en toda la Tierra Sinfín: Sidherde, el país de las Hadas. Desde que el Hada de la Profecía acabara con el reinado de los drows —los elfos oscuros— hacía casi mil ciclos, Sidherde vivía en una paz y tranquilidad permanentes. Le parecía el mejor destino en aquellos momentos.

—¡Zarpas! —gritó Growyn cuando llegó a los matorrales en la frontera de Baosad.

Su inseparable grifo acudió raudo y veloz a la llamada. Las alas de Zarpas se habían atrofiado tras un desgraciado incidente en su infancia. Growyn lo había encontrado moribundo en medio de un caluroso desierto. Lo resguardó a la sombra, lo alimentó con savia de junco y desde entonces lo llevó consigo a todas partes.

Cuando Zarpas creció no podía volar, cierto, pero se convirtió en una montura más veloz que cualquier otra conocida en la Tierra Sinfín, a excepción de los Gruagos voladores.

Growyn se subió a lomos de Zarpas e inició su marcha hacia Sidhión, corte y capital de Sidherde, en busca de una merecida temporada de reposo y paz.

O eso era lo que él creía.



Ailba

El Sol aún no había terminado de salir y Pumba ya estaba manchada de pintura hasta las cejas. Como a otras hadas de tierra, a ella le tocaba encargarse de decorar los troncos de los robles que rodeaban el bosque. Aquél había sido el lugar elegido para la celebración del Gran Baile. A pesar de que su favorito era el color de las hadas de tierra, el verde, Pumba también usaba los colores representativos de las otras: azul, rojo y amarillo. Tras más de cuatro jornadas dedicada a aquella labor, se sentía bastante orgullosa de cómo le estaba quedando.

Sisia se levantó tarde, como siempre, pero el Baile se celebraría dentro de varios soles y ella sabía que tenía tiempo de sobra para llenar de guirnaldas las copas de todos los árboles que había alrededor del palacio de Mabinia. Para Sisia, hada de aire, resultaba muy fácil lanzar tiras de flores entre una y otra rama. Se divertía mucho con un trabajo que le permitía revolotear por ahí hasta caer agotada.

Poco a poco las criaturas nocturnas fueron acostándose y las diurnas comenzaron a unirse a Pumba y a Sisia en la preparación del Baile. Todo Sidhión era un bullicio de ires y venires, risas y juegos, aromas y colores. El acontecimiento merecía la pena. Hacía justo mil ciclos que Mabinia, el Hada de la Profecía, había doblegado a las fuerzas oscuras y había sometido a Ormón, Rey de los Drows. Desde entonces, disfrutaban de una paz ininterrumpida.

Las elfas se levantaron también y continuaron preparando pasteles dulces y salados para tan esperada celebración. Nada podía superar en paladar, aroma y textura a los platos de las elfas de las hayas.

Más que el sonido agotador de una jornada laboral, el bullicio de Sidhión parecía provenir de una fiesta previa a la fiesta. Los seres del bosque y alrededores podían dedicarse a las tareas más agradables gracias a que

El caso del hada falsamente ahogada



existían otros que se ocupaban de las más ingratas. Los kilis barrían los desechos que animales grandes y pequeños iban dejando por ahí, arreglaban la corteza dañada de algunos árboles, trituraban las hojas caídas para convertirlas en abono...

Tal vez haga falta recordar que los kilis son unos pequeños seres, de apenas cuatro bellotas de altura, que nacen con la misión de que todo fluya. Los kilis no se relacionan con los seres superiores, a no ser para recibir órdenes. Siempre se les puede ver en grupo realizando sus faenas. Los kilis sólo tienen dos estados: durmiendo y trabajando, para eso existen. Nadie conoce sus nombres; en verdad, casi nadie se da cuenta de la presencia siempre laboriosa de los kilis, pero si ellos no existieran, todo sería mucho más complicado, también la preparación del Gran Baile de la capital y corte.

La capital y corte de Sidherde no podía llamarse ciudad; realmente no existían ciudades en el país de las Hadas. La expresión que definiría con exactitud a Sidhión sería la de 'palacio rodeado de bosque y cabañas'. El Palacio de Mabinia era la única edificación que sobresalía en el bosque. Sus cuatro torres con los cuatro colores mágicos se podían apreciar desde muy lejos. A su alrededor una amplia extensión de terreno llena de robles y hayas constituía la verdadera Sidhión. Allí hadas, elfos, duendes, gnomos y otras criaturas tenían sus moradas, cabañas, grutas y madrigueras en las que convivían en paz.

En las afueras de este bosque se dispersaban algunas posadas, tiendas y viviendas de seres que no encontraban en el bosque su hábitat natural: ogros, truendes, mercaderes de otros países... También ellos colaboraban a su manera en la preparación del Gran Baile.

Había amanecido despejado. Un rayo de sol atravesó las cristalinas aguas del río Sidhgual y provocó un gran destello en su lecho. Cada mañana ocurría lo mismo y cada mañana Oua se despertaba gracias a este brillo. Pero hoy llevaba ya un buen rato levantada. Nadando grácilmente, como sólo las hadas de agua y las sirenas saben hacer, Oua se acercó al grupo de kilis que limpiaba el fondo del río de impurezas caídas de los árboles.

—Dejad eso, hay demasiados nenúfares en la superficie y no dejan pasar la luz. El río tiene que estar reluciente para el Gran Baile.

Los kilis, obedientes, se dividieron en dos grupos. El primero continuó con la limpieza del fondo, y el segundo se encaminó a despejar la superficie. Antes de llegar hasta los nenúfares, los kilis se encontraron con un enigma con el que nunca antes se habían topado.

Su misión consistía en limpiar el río de restos orgánicos, hojas sueltas, impurezas, exceso de nenúfares que impidieran que los rayos del Sol llegaran a las plantas del lecho, pequeños animales muertos... pero aquello... Los kilis no podían tocar a un ser superior. Entonces, ¿qué hacer con un hada muerta?



Hacia cientos de miles de ciclos que cualquier problema de Sidherde pasaba por el Consejo de las Damas de Colores buscando la solución más justa. Todas las criaturas que vivían en el Reino, hadas o no, acataban su decisión. Originalmente, el Consejo lo formaban cinco Damas. Cuatro de ellas eran hadas elegidas entre los cuatro elementos: la Dama Amarilla representando a las hadas de Aire, la Dama Verde a las de Tierra, la Dama Azul, regente de las hadas de Agua, y la Roja de las de Fuego. Además, sin voto pero con voz, asistía al Consejo una Dama Negra, representante de las fuerzas oscuras.

En tiempos remotos, cuando en todos los países de la Tierra Sinfin bullían maleficios, guerras, secuestros, asesinatos, violaciones y aún no existía la capital de Sidherde, Sidhión, el Consejo de las Damas de Colores se reunía allá donde surgiera el conflicto. Sus deliberaciones podían durar jornadas interminables sin dormir ni comer más que savia de roble. Al final de aquellas duras sesiones, siempre impartían justicia y nadie cuestionaba su veredicto. En ese sentido, el Consejo no había cambiado: sus decisiones se respetaban. Pero ahora las cosas eran mucho más sencillas.

Desde el inicio de los tiempos, se auguraba la llegada del Hada Completa, un Hada que reuniría los cuatro elementos. La Profecía se cantaba en canciones infantiles, se narraba en relatos épicos y aparecía escrita en la portada del Gran Libro de las Hadas, el libro que el Consejo de las Damas de Colores consultaba cuando surgía alguna duda: 'Un Hada reunirá a los cuatro, una sola voz tendrán. La oscuridad saldrá a la luz y la luz dará sombra. Y el mundo vivirá como tiene que vivir'. A la dama profetizada en este oráculo se la conocía, sencillamente, como el Hada de la Profecía.

Mabinia, hada de Tierra, mostró desde muy joven una gran capacidad de convocatoria. Sus amigas eran hadas de todos los elementos, pero también elfos, duendes, truedes, e incluso algunos drows, elfos de la oscuridad. Pronto todo el mundo comenzó a pensar que había llegado el tiempo de

El caso del hada falsamente ahogada



que la oscuridad saliera a la luz. Por los bosques, páramos, lagos y montañas de Sidherde circuló el rumor de que por fin había llegado el Hada de la Profecía.

En aquellos tiempos, las hadas de los cuatro elementos se respetaban pero no convivían en el mismo espacio. Mabinia poseía, sobre todo, una gran capacidad de oratoria. Cuando hablaba, hasta los pájaros del bosque callaban para escucharla. Tras recorrer todos los parajes de Sidherde, Mabinia consiguió formar un ejército con hadas de todos los elementos y reunir las en un mismo campamento, en el lugar que después sería Sidhión. Tras una guerra no muy larga que fue conocida como la Guerra de la Profecía, las hadas vencieron a Ormón, Rey de la Oscuridad, que juró lealtad y sumisión a Mabinia a cambio de mantener su vida.

De eso hacía sólo mil ciclos. En el mundo de las hadas ese tiempo apenas es nada, pero ya suponía un número lo suficientemente importante como para celebrarlo, pues no hay nada que guste más a las hadas que un Baile a la luz de la Luna.

En estos últimos mil ciclos, Mabinia había edificado su palacio junto al bosque donde habían instalado el campamento. En él mandó construir cuatro torres donde se alojaban cada una de las cuatro Damas de Colores. La Dama Negra dejó de tener sentido en el Consejo, puesto que las fuerzas oscuras habían sido vencidas para siempre. Aunque la Dama Negra anterior a la guerra había fallecido en una batalla, una nueva Dama vivía en Sidhión. El Consejo la exilió a las afueras de la capital, a una cabaña donde la dejaban morar siempre y cuando no utilizara sus poderes para realizar ningún maleficio.

Ormón fue confinado a su palacio subterráneo. De día, la luz del Sol lo hubiera matado al instante; de noche, varios guardianes impedían que pudiera salir al exterior.

Tras la Guerra de la Profecía, las Damas rara vez se reunían, y ya no en el lugar donde surgiera el conflicto, sino en la Sala del Consejo, dentro del palacio de Mabinia. Seguían manteniendo su independencia con respecto a la Reina, por lo que Mabinia nunca acudía a sus reuniones, a no ser que así se le solicitara. Cada pared de la Sala del Consejo tenía el color de cada raza de hada, y en un lateral se disponía una mesa alargada fabricada con ankerita blanca. La mesa podía desplazarse por los cuatro muros de la sala, según quien presidiera la sesión. Grandes setas ofrecían asiento a las Damas. Cuando alguien, hada o no, quería consultar algo al Consejo, se disponía una cómoda silla de piedra lunar frente a la mesa.

El Consejo se reunía en los últimos tiempos sólo por asuntos menores, como elegir el color que iban a tener las rosas de la próxima cosecha o deliberar si debían dar permiso a un mercader para vender su género en los límites de la capital y corte. La paz se podía disfrutar en cada rincón del Reino de Sidherde.

Fue por todo esto por lo que las Damas de Colores se extrañaron mucho cuando Oua acudió a pedir que se reunieran con la máxima urgencia. La Dama Azul presidió el Consejo en el que el hada de agua relataba con nerviosismo lo que le había ocurrido esa misma mañana.

Antes de empezar a decorar con diamantes y piedras azules el fondo del río —relató Oua—, había enviado a los kilis a despejar de nenúfares la superficie, ya que su abundancia impedía que el brillo del Sol se reflejara con toda su magnitud. Al rato los kilis volvieron muy asustados. Oua nunca los había visto así. Ella los había seguido, y allí, entre los nenúfares, la había encontrado. Era Aílba, la más traviesa de las hadas de tierra, que sólo unos días antes los había estado haciendo reír a todos con sus ocurrencias. Flotaba bocabajo con los ojos abiertos. Oua se había acercado rápidamente a sacarla del agua, pues de todos es sabido que las hadas de tierra no respiran bajo su superficie, pero ya era demasiado tarde. Aílba estaba muerta.

Las Damas de Colores no pudieron disimular un suspiro de asombro ante aquella noticia. Hacía mucho tiempo que un hada no moría en Sidherde. Oua contó que había dejado a Aílba en la orilla y había corrido a pedir auxilio.

—¿No os hace reflexionar el que esto haya ocurrido justo antes del Gran Baile? —preguntó la Dama Roja—. ¿No pensáis que sólo un forastero puede haber provocado algo así?

—Los forasteros vienen a Sidhión desde hace ciclos y ciclos, el que ahora haya más que de costumbre no indica nada.

Las Damas comenzaron a deliberar posibles causas de ese desgraciado suceso, pero el hada de agua las interrumpió. Oua pidió a las Damas de Colores que la acompañaran al río. En el remanso donde la encontró había algo más que quería que vieran con sus propios ojos.

El asunto exigía ser solucionado lo antes posible. El Consejo se desplazó a reunirse en el exterior del palacio por primera vez en mil ciclos. Oua las llevó hasta el lugar donde los kilis habían encontrado el cuerpo inerte de Aílba. El cadáver aún estaba en la orilla. La Dama Verde miró a sus ojos, sopló en su boca y certificó la defunción.

—¿Qué es lo que querías que viéramos? —preguntó después.

El caso del hada falsamente ahogada



Oua señaló hacia la orilla. Muy cerca del lugar donde había aparecido el cuerpo se apilaban varios montoncitos de guijarros de colores. Bien es conocida la afición de las hadas, especialmente de las de tierra y fuego, por las piedras brillantes y de colores vivos.

Según Oua, el hada ahogada buscaba guijarros para su colección y había cometido la imprudencia de entrar en el río más de lo que es aconsejable para un hada de tierra. Las Damas de Colores no se mostraron muy convencidas con la explicación; demasiado simple. Se retiraron a deliberar sobre aquel extraño suceso, pero el hada de agua no podía oír nada de lo que decían. En sus gestos se apreciaba verdadera preocupación. Un cambio repentino de la brisa le permitió oír las últimas palabras de la reunión.

—¿Pero por qué? —preguntó la Dama Roja.

—Eso es algo que debemos averiguar —respondió la Dama Amarilla.

—Sí, pero no ahora. Aílba ya no puede vivir de nuevo. Esperemos a que se celebre el Gran Baile —dijo la Dama Verde.

El Consejo aceptó por unanimidad esperar al sol siguiente al Gran Baile para comenzar a investigar la muerte del hada. De momento, se mantendrían alerta ante cualquier movimiento fuera de lo normal.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó la Dama Azul.

La Dama Verde contempló durante unos breves instantes el rostro pálido de Aílba. Se acercó de nuevo a ella y cerró sus ojos aún abiertos.

—Lo único que podemos hacer: celebrar su entierro.